

Según Braudel, la historia lo habría desbordado. Carlos, hijo de Felipe el Hermoso y de la princesa Juana, hija a su vez de los Reyes Católicos, nació en la ciudad flamenca de Gante la noche del 24 al 25 de febrero de 1500. Era el segundo hijo de la pareja principesca, pero al ser un varón, el alumbramiento del futuro Emperador llenó de alegría a las familias y a los súbditos. Se inició así una de las vidas más prolíficas y decisivas del siglo XVI, que la Parca cercenó el 21 de septiembre de 1558. Desde hacía meses, Carlos (que fue proclamado rey de España el 23 de marzo de 1516 y fue coronado como Emperador en Aquisgrán el 23 de octubre de 1520, en la capilla de Carlomagno) estaba recluido en el convento de los Jerónimos de San Yuste, al norte de las tierras extremeñas, tras una intensa existencia como protagonista indiscutible de la vida socio-política y cultural del Viejo y el Nuevo Mundo. La abdicación en su hijo Felipe II (llamado así en recuerdo de su padre, a pesar del malestar de los notables castellanos, que hubieran preferido el nombre de Fernando) no había mermado su imagen todopoderosa y la memoria de sus hazañas.

La cultura renacentista de la época colaboró en su mitificación al compararlo con los grandes hombres de la Antigüedad, como Alejandro o César, a la vez que los escritores a su servicio aseguraban que sus hazañas lo harían más grande que aquéllos. En parte por esta propaganda humanista, pero lógicamente por su apasionante vida, la noticia del fallecimiento causó un gran impacto en todos sus súbditos, pero especialmente en los que estaban construyendo un nuevo mundo al otro lado del Atlántico. Don Luis de Velasco, virrey de la Nueva España, convocó a los distintos sectores del reino ultramarino para que manifestasen: «el sentimiento que al fallecimiento de tan gran monarca se debía, como si de cada uno fuera padre natural indulgentísimo». La ciudad de México, conquistada en 1521, se volcó en numerosos actos en memoria del Emperador, en cuyo reinado se había logrado la conquista de la Nueva España, destacando un gran túmulo levantado en la catedral mexicana.

El monumento funerario imperial ha sido estudiado por numerosos autores, si bien pocos se han detenido en una escena que lo adornaba: la dedicada a su nacimiento, del que ahora conmemoramos el V Centenario, algo normal si tenemos en cuenta la gran cantidad de escudos, figuras y pinturas que lo embellecían, varias de ellas dedicadas a las conquistas europeas y americanas del Emperador. La escena era la siguiente: «En el otro medio frontispicio estaba un niño en una cuna con una corona imperial a la cabeza, y en el cielo de ella siete estrellas, que eran planetas, concurriendo con las mejores influencias en el nacimiento de César, inclinándole a toda virtud en nombre de los planetas. Decía la letra: *Meliora dedimus*». Esta leyenda, aparte de su curiosidad, nos sirve para recordar que, si bien la muer-

te del Emperador tuvo un gran eco, por el contrario, su nacimiento fue casi desconocido por los primeros pobladores de las Indias Occidentales, territorio de la Corona de Castilla que poco a poco se iba perfilando en el centro del Atlántico a partir de unas cuantas islas. Juan de la Cosa, hace 500 años, dibujó esa aurora de América en un magnífico mapa que no deja de sorprendernos cada día y del que también en este año se conmemora su quinto aniversario.

La América de 1500, la América de Juan de la Cosa, es minúscula si la comparamos con la América que dejó Carlos V al morir en 1558. Prácticamente, el continente ha desvelado sus principales líneas y las sociedades más avanzadas del mismo habían sido incorporadas a la Corona castellana. Durante los primeros meses del futuro Emperador en Gante, los castellanos, tras romper el monopolio colombino, descubrieron las costas de Brasil, Venezuela, Colombia y Centroamérica. Mientras era proclamado rey de España en Bruselas (1516), Juan Díaz de Solís alcanzaba el Río de la Plata y moría a manos de los indios. La primera estancia de Carlos de Gante en España (1517-1520) coincidió con una actividad frenética en América: Hernando de Córdoba exploró el Yucatán y comenzó el ciclo de la conquista de México-Tenochtitlán, que culminaría en 1521 con la expedición de Hernán Cortés, a la vez que la empresa naval comandada por Magallanes alcanzaba las islas de la Especiería. La segunda estancia en España (1522-1529) no es menos fructífera en acontecimientos: Esteban Gómez recorre las costas norteamericanas y los castellanos llegan a las puertas del Perú. Hacia 1550 el continente americano está descubierto a grandes líneas y comienza una nueva etapa con los nombramientos de Luis de Velasco como virrey de Nueva España (1550) y de Antonio de Mendoza como virrey del Perú (1551). El mismo año de abdicar (1555), Martín de Irala es nombrado gobernador del Río de la Plata, Bartolomé de Medina introduce en México el procedimiento de la amalgama, que tan buenos resultados reportaría, y Martín Cortés publica el *Breve compendio de la sphaera y de la arte de navegar*. Bajo todo este ramillete de sucesos extraordinarios late una misma idea: la empresa política de universalizar su nuevo Imperio. Gonzalo Fernández de Oviedo titulará a Carlos V, no sin cierta dosis de exageración: «universal y único monarca en el mundo».

Estos acontecimientos los he elegido para ilustrar tanto la magnitud de la conquista como la decisiva intervención del monarca en la organización y configuración de las Indias. Las bases del imperio se crean en la década de los treinta: ciudades, cabildos, virreinos, audiencias, catedrales, conventos... llenan el solar americano bajo la atenta mirada del César, que tuvo que hacer frente a cientos de quejas, varias rebeliones de los conquistadores y a innovar soluciones en la administración de un inmenso espacio. Las creaciones en la Península no le van a la zaga: el Consejo de Indias (constituido formalmente en 1524, a partir del Consejo de Castilla) o las Leyes Nuevas (1542), y es que los territorios americanos nunca fueron considerados colonias. Para conocer este «segundo imperio» y ayudar a su buen gobierno, las autoridades y los particulares elaboraron crónicas y cuestiona-

rios, mapas y dibujos, relaciones y noticias. La naturaleza americana impacta e interroga a unos hombres acostumbrados a los horizontes castellanos. Raquel Álvarez, reconocida historiadora de la Ciencia del Renacimiento, hace un compendio de las miradas naturalistas, centrándose especialmente en la figura de Fernández de Oviedo, autor de la primera historia natural de las Indias: *Sumario de la natural historia de las Indias*, que no de las primeras noticias, cuyo honor corresponde al genovés descubridor. El segundo trabajo de este dossier está dedicado a los cuestionarios indianos. Su autor es el doctor Jesús Bustamante, buen conocedor del siglo XVI, quien señala que estos cuestionarios han sido poco estudiados por los historiadores, entusiasmados con los realizados durante el reinado de Felipe II. Ambos trabajos están ligados por la preocupación por conocer el variado mundo americano, pleno de imágenes (algunas contradictorias) y de significados. El propio Cortés escribió en su segunda carta de relación: «He deseado que Vuestra Alteza supiese las cosas desta tierra, que son tantas y tales, que como ya en otra relación escribí, se puede intitular de nuevo emperador della, y con título y no menos mérito que el de Alemaña, que por la gracia de Dios vuestra sacra majestad posee».

Este fragmento cortesiano nos introduce en otro problema fundamental: el del papel jugado por el Nuevo Mundo en la configuración de la idea imperial de Carlos V, en los debates sobre el derecho natural e internacional y el sostenimiento de las empresas europeas del Emperador en base a los continuos desembarcos de plata americana en el puerto de Sevilla. Menéndez Pidal ha señalado en relación a la anterior cita cortesiana sobre México que: «por primera vez se da a las tierras del Nuevo Mundo una categoría política semejante a la de Europa, ensanchando el tradicional concepto de Imperio; Cortés quiere que el Cesar dedique al Nuevo Mundo todo el interés debido, como a un verdadero imperio» (*Idea imperial de Carlos V*, 1941, p. 34). Esta idea de América como «imperio particular» de Carlos fue tema de un debate historiográfico hace años, que hoy revive con los nuevos trabajos sobre el Emperador. En palabras de Fernández de Oviedo, las expediciones castellanas le hicieron dueño «desta otra mitad del mundo que comprehenden sus Indias».

Otro tema americanista de gran repercusión historiográfica es el carácter ético y la polémica que suscitó la conquista del Nuevo Mundo. Numerosos estudios se han sumado en la última década a los magistrales trabajos de Manuel Giménez Fernández y Lewis Hanke, por citar sólo algunos de los especialistas. Sin embargo, una cuestión pendiente era el tema de la esclavitud de los indios, que analiza en este dossier el doctor Jesús María García Añoveros tras una laboriosa recopilación y estudio de las fuentes literarias. El exhaustivo trabajo permitirá conocer paso a paso las características y límites de la polémica, las aportaciones originales y los lugares comunes. Lo más trascendental del debate es que el todopoderoso Carlos evolucionó de un tajante desprecio («¡Que callen esos frailes!») a un reflexivo acatamiento de las conclusiones, que moldearán en adelante la política imperial del Nuevo Mundo.

Por último, este dossier dedicado a Carlos V se completa con un trabajo del reconocido hispanista francés Joseph Pérez, quien estudia los ataques al monopolio sevillano en los inicios del comercio americano. El comercio y las remesas de dinero del Nuevo Mundo, sobre todo tras las conquistas de México y Perú y los descubrimientos de las minas de Zacatecas y Potosí, ha sido uno de los principales temas de la historiografía carolina, magistralmente trazado, en sus principales lineamientos, por el maestro Carande y seguido por sus discípulos. El tema es muy amplio, pero sólo quisiera recordar un episodio sumamente significativo: el enfado del cansado Emperador, recluido en Yuste, por el reparto de las remesas de plata llegadas a Sevilla entre varios comerciantes. Encolerizado, Carlos escribió a su hija Juana, regente en ausencia de Felipe: «[...] yo estaba para escribiros sobre esta negra suelta de este dinero que estaba en Sevilla –le dice– y dejélo de hacer hasta agora, así para saber dél si era posible que fuese verdad tan gran bellaquería como ésta, como por ver si con el tiempo se me pasase la cólera que desde que lo supe he tenido, la cual, por ser tan justa, no solamente no se me pasa, mas cada día se me acrescencia más, y se me acrescentará hasta que yo sepa que los que tienen culpa en ella lo remedien de manera que el Rey, mi hijo, no venga a recibir la afrenta que recibirá, si no se remedia, y muy de veras y de raíz y muy presto».

Las lecturas de esta carta son muchas, pero destacaría su aspecto humano (la cólera del retirado Emperador) y la revelación sustanciosa del fragmento siguiente: «Digo esto con colera y con mucha causa, porque estando yo en mis trabajos pasados, con el agua hasta encima de la boca, los que acá estaban muy a su placer, cuando venía un buen golpe de dinero nunca me avisaban de ello, que juntamente no me avisasen que ya él era suelto [...]». Como en tantas ocasiones surge el interrogante de conocer hasta qué punto se debió a Carlos V el imperio de Carlos V o la América de Carlos V, esto es, hasta qué punto una persona encarna los ideales y anhelos de una sociedad y un tiempo. Francisco López de Gómara, al dedicar al soberano su *Historia General de las Indias*, señaló: «El trabajo y peligro, vuestros españoles lo toman alegremente, así en predicar y convertir como en descubrir y conquistar. Nunca nación alguna extendió tanto como la española sus costumbres, su lenguaje y armas, ni caminó tan lejos por mar y tierra con las armas a cuestas. Pues mucho más hubieran descubierto, subyugado y convertido, si vuestra majestad no hubiera estado tan ocupado en otras guerras; aunque para la conquista de Indias no es menester vuestra persona, sino vuestra palabra». La palabra de Carlos V y América, buena idea para iniciar la lectura de estas páginas, dedicadas al reinado del poderoso, religioso y glotón emperador, que, retirado en sus aposentos jerónimos, nunca olvidó las grandezas y miserias de su política americana, uno de los horizontes de su azarosa vida. «Carlos es arrastrado –de nuevo volvemos a Braudel– por el perpetuo torbellino de la gran historia que lo condena a soluciones momentáneas, necesarias, inevitables».

Antes de terminar esta breve presentación quisiera recordar un número monográfico de la *Revista de Indias* en 1958 con motivo del IV Centenario de la muerte

del Emperador. Impulsados por la conmemoración carolina que se extendió por media Europa (lo que demuestra que esto de los centenarios trae cola), los editores de la revista dedicaron los números 73 y 74 a Carlos V. Los autores que escribieron fueron José Martínez Cardós («La política carolina ante las Cortes de Castilla»), Esteban de la Puente («Carlos V y la administración de justicia»), Juan Pérez de Tudela Bueso («La gran reforma carolina de las Indias en 1542»), Demetrio Ramos («Lope de Aguirre en Cartagena de Indias y su primera rebelión»), Carmelo Sáenz de Santamaría («Iconografía cortesiana»), Leandro Tormo Sanz («Un aspecto de la política misionera de Carlos V: la conquista pacífica»), Hermann Trimborn («Pascual de Andagoya como historiador del Descubrimiento»), Roberto Levillier («Carlos V, entre guerras, paz y defensa de la fe, 1500-1558»), Carmelo Sáenz de Santamaría («La fantasía lascasiana en el experimento de la Verapaz») y Enrique Otte («Documentos inéditos sobre la estancia de Gonzalo Fernández de Oviedo en Nicaragua, 1527-1529»). El profesor Benito Ruano escribió para la revista *Hispania* (LXXXIII, 1958, pp. 742-782) una reseña de los libros y artículos publicados en ese año, en donde se muestra la dimensión indiana del Emperador: un aspecto de su vida que sigue siendo fundamental para los historiadores en general y los americanistas en particular. Estos últimos han sido, en general, apasionados del César y su época, desde Pierre Chaunu (*L'Espagne de Charles Quint*, París, 1973) a John Lynch (*Carlos V y su tiempo*, Barcelona, 2000), por lo que espero que este esfuerzo conjunto sea del interés de nuestros colegas y lectores.